



Las tentaciones de Jesús no son ajenas a la realidad de los hombres y mujeres de todos los tiempos, que sufrimos permanentemente el acoso de las fuerzas del mal.

La soledad y el desierto no nos evaden de tenerlas, pues se hallan latentes en nuestro corazón.

Nos gustaría huir de la enfermedad, del dolor, disfrutar de los placeres sin

término, de libertad sin límites, sin compromisos que aten, sin letras que pagar, con casas, criados y gentes a nuestro servicio que asientan complacidos a nuestros requerimientos.

Pero, sabemos, por otro lado, que esto no es posible, que la tierra de Jauja **-la de las riquezas inagotables-** no existe, que no hay amor sin heridas ni gloria sin sufrimientos y cruz.

La única seguridad a nivel físico es la muerte, y espiritualmente **-para el creyente- la vida eterna.**

No todo lo que nos dicta la **tentación es malo**, puesto que aparece como apetito de bien e incluso de altruismo, pero se transforma en una acción perniciosa si nos lleva a **romper con los demás**, a marginar de nuestra vida a los **seres más allegados** y **al acaparamiento de bienes** en detrimento de la sociedad.

Sin embargo, en un mundo donde parecen triunfar las fuerzas del **mal** sobre las del **bien**, las lecturas del domingo de hoy nos recuerdan que siempre es posible, aún en los lugares más inverosímiles, la victoria del **bien** sobre el **mal**. Jesús mismo nos da el ejemplo.

Dejemos que Dios nos pruebe durante esta **Cuaresma** para aquilatar hasta dónde llega nuestro amor y **nuestro compromiso cristiano**.



La Cuaresma, que evoca la lenta marcha del pueblo de Israel por el desierto, nos recuerda igualmente la fidelidad de Dios que caminó con su Pueblo, guiándole a través de Moisés a la Tierra Prometida.

El Pueblo, sin embargo, no fue fiel y tan sólo unos pocos llegaron a la meta final.

La mayoría claudicó

ante la **tentación**.

Nosotros no somos mejores, porque nos hemos dejado arrastrar por el relativismo y hemos ido perdiendo poco a poco la conciencia de pecado.

No somos mejores porque, aunque sea a pequeña escala, hemos aceptado la corrupción de las costumbres y de la vida pública como algo normal en la convivencia ciudadana.

No somos mejores, porque hemos caído en la idolatría del dinero como único medio para intentar ser felices.

No somos mejores, porque hemos atropellado los derechos de los demás para ganar cuotas de poder.

No somos mejores, porque, creyendo ser libres, nos hemos esclavizado a la droga, al alcohol, al trabajo, al sexo y a todo tipo de aficiones malsanas.

poderosas y más frecuentes: **la idolatría** y **la apostasía**, ambas asociadas al sincretismo religioso y al ateísmo práctico del que, siendo cristiano, vive como pagano.



Por eso **hemos de pedirle al Padre del cielo fervientemente** que no nos deje **caer en la tentación y nos libre de todo mal.**